



Villamelón, 3

Arriesgaré una nueva villamelonada, creo que la tercera, en estos días de fútbol obligatorio.

Veo que la prensa deportiva reprocha hasta con rabia, que el entrenador Javier Aguirre no haya dejado fuera de la selección a quien esa misma prensa había eliminado, el ensimismado delantero Adolfo Bautista, incorregiblemente apodado El Bofo.

Como buen villamelón, tiendo a pensar que los mundiales no los ganan los buenos equipos, sino los chispazos geniales, imprevisibles, de algunos jugadores.

Creo entender la opción de Javier Aguirre por el atónito Bofo. No puede sostener el ritmo todo un partido, quizá ni lo aguanta físicamente, pero es un jugador capaz de los chispazos que hacen falta.

Puede jugar mal, desaparecer la mayor parte del tiempo del partido, pero puede de pronto hacer la jugada que hace la diferencia.

Por las mismas razones, porque hay que cuidar como pepitas de oro a esos pocos jugadores que *pueden* hacer la diferencia con un chispazo de genio, no entiendo la decisión de Aguirre de dar de baja a Jonathan dos Santos.

No sólo por la calidad de Jonathan, quien juega igual o mejor que muchos de los que se quedaron, sino porque su salida afecta las emociones del verdadero jugador que puede hacer la diferencia en materia de chispazos

ganadores.

Ese jugador, según yo, es Giovani dos Santos. Al prescindir de Jonathan, el hermano de Giovani, Aguirre echó un balde de agua fría sobre las ilusiones de su único joven mago en ciernes, ese muchachito que cuando anda en vena hace ver al equipo mexicano como un equipo temible y cuando no, no.

Echar a Jonathan fue la decisión más costosa que Aguirre pudo tomar porque no sólo dejó fuera a un jugador, sino a un jugador y a la estabilidad emocional del posible mago mayor de su equipo.

Las pláticas de cura, consuelo, explicación, que le vienen dando a Giovani desde que se anunció la decisión de Aguirre, son prueba suficiente de que la elección costó más de lo debido: la crisis personal del mago joven, un costo emocional que no habría tenido el descarte de otro jugador.

Según yo, Aguirre le pegó un perdigonazo a la línea de flotación del talento de su equipo, ese que puede hacer la diferencia y que le hizo desafiar a la prensa para conservar al Bofo.

Me disculpo por invadir de nuevo la especialidad de tantos otros y en particular del poeta Luis Miguel Aguilar (Vean en *Nexos* de junio su "Album de infancia. Mis mundiales").

Recuerdo en mi descargo que todo villamelón que se respete es una mezcla invencible de ignorancia y de incontinencia. No soy la excepción. ■ M

acamin@milenio.com

